

LUTERO, EL HOMBRE DE LA REVOLUCIÓN

Mario Dal Bello

LUTERO,
el hombre de la revolución

Título original:
Lutero l'uomo della rivoluzione
© 2017, Città Nuova Editrice
Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

Traducción: *Javier Rubio*
Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-377-5
Depósito legal: M-17.195-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Un pobre mendicante

En Eisleben, en el corazón de Sajonia, el tiempo es inestable y el cielo gris. Hace mucho frío. El 1 de febrero del año del Señor de 1546 llega el doctor Martín Lutero, de sesenta y dos años, procedente de Wittenberg. Viene agotado, con la tarea de poner paz entre dos hermanos pendencieros, los condes de Mansfeld.

Le han ofrecido una casa espaciosa y una habitación caldeada. Al lado de la cama hay una lámpara encendida toda la noche. Desde hace tiempo su salud no es buena. Se siente apesadumbrado y lleno de dolores y miedos. A menudo habla de la muerte.

Alterna sus llamaradas contra sus adversarios con ciertas fases depresivas en las que se siente pobre y desgraciado, dudando de todo lo que ha hecho en su vida. Puede que a veces le vuelva a la mente esa excomunión que León X, el «Anticristo de Roma», emanó contra él hace más de veinte años. Aunque él la quemó, aún se conserva una copia en el Archivo Secreto Vaticano.

Si bien llega cansado, muy pronto se recupera y le escribe a su mujer, su querida Käthe, que espera volver a casa cuanto antes, dado que está logrando pacificar a los condes.

La noche del 17 cena con sus amigos; como siempre, demuestra ser un hábil conversador. Al principio está alegre, pero luego se torna serio: habla del diablo, de la muerte, del paraíso, donde están sobre todo los niños y donde –no lo duda– se encontrarán.

A la hora de siempre, las 20, se va a dormir, acompañado de sus hijos Martín y Paul. Abre la ventana de su habitación para rezar sus oraciones, pero de pronto siente un dolor lacerante en el pecho. Tiene escalofríos. Lo meten en la cama para que entre en calor y van en busca de un médico. Lutero murmura: «Estoy mal, tengo miedo. Quizá tenga que quedarme en esta ciudad donde nací y donde fui bautizado».

Bien entrada la noche, llegan corriendo sus amigos el conde Albrecht y la condesa, que lleva todo tipo de cordiales para estimular al enfermo.

Pero Martín intuye que ha llegado su hora. «Siento un frío sudor de muerte», susurra a sus amigos. Luego se pone a recitar en voz alta una larga oración de agradecimiento a Dios, revelado por ese Cristo al que tanta gente malvada deshonor. Recita también un salmo en latín y toma una cucharada de un medicamento que siempre lleva consigo, pues no se fía mucho de los médicos. Las personas a su alrededor lo miran sorprendidas: el viejo está muy mal pero sigue plenamente consciente. Lutero repite tres veces en latín: «En tus manos, Señor, pongo mi espíritu». Alguien le pregunta si quiere morir en la doctrina de Cristo, y él responde claramente: «Sí». Y luego nada más. En la habitación reina el desasosiego.

Los presentes, aterrorizados, lo sacuden, le echan agua fría en la cara. Pero Lutero sigue inmóvil, con los ojos cerrados. El conde Albrecht se le acerca al oído y pronuncia su nombre. Sin respuesta. En un último intento llaman al boticario, aunque es «papista». Cuando llega, hacia las 3 menos cuarto de la madrugada, Lutero emana un suspiro profundo y ligero. Es el 18 de febrero: el reformador ha muerto.

En Trento, hace dos meses que empezó ese concilio que tanto había requerido. Ahora él ya no está. En Eisleben visten su cadáver de blanco y llaman a un pintor del lugar para que le haga el retrato. En él Lutero aparece por fin tranquilo, en paz. El 20 de febrero elaboran su máscara mortuoria, lo trasladan a Wittenberg, ciudad en la que ha vivido durante décadas, y lo sepultan en la iglesia del castillo. Allí reposa y aún hoy es visitado por mucha gente. Nadie ha profanado su tumba, ni siquiera su mayor adversario, el emperador Carlos V, cuando sus tropas conquistaron la ciudadela de la Reforma.

Así termina la vida de un hombre que sacudió Europa con su personalidad, una aventura humana y espiritual a partir de la cual Occidente no volvió a ser lo que era. Tras la muerte de este monje alemán, apasionado buscador de Dios, se encontró una nota dirigida a Él: «Somos mendicantes, es verdad».

Eso es lo que este libro tratará de narrar, poniendo el acento en los candentes años de la revolución de Martín Lutero.

1. Terror en medio de una tormenta

Estamos en 1505. El *magister* Martín Lutero, de veintidós años, es un joven de cabello negro, ojos brillantes, bajo de estatura, delgado pero fornido. Exuberante y amante de la naturaleza, le gusta estar con los amigos y toca bien el laúd. Pero también es tímido y a veces se aísla. Tiene ratos de entusiasmo y otros de una repentina melancolía. Quizá esté pensando en el futuro: una familia, pero sobre todo la salvación de su alma. Estos años de inicio del siglo se ven envueltos en una fuerte inquietud religiosa. Martín, más sensible que otros, la percibe de forma apremiante. La reciente muerte de un amigo suyo lo ha impresionado mucho.

Su padre, Hans, antiguo minero que ha hecho fortuna, quiere que sea hombre de leyes: será jurista, se casará y le dará nietos. Así lo exige el estilo patriarcal de las familias de la época. Y con los padres no se discute. Martín se acuerda de las bofetadas que de pequeño le daban en casa, y también en la escuela. El Dios que predicán es un juez riguroso sentado majestuosamente en el arco iris del cielo, que acoge a los justos y manda al infierno a los pecadores, tal y como muestran los retablos de las iglesias,

así que hay que encomendarse a la intercesión de los santos y a la Virgen María y hacer *méritos* ante él con muchas obras buenas para que sea misericordioso en el juicio final.

A Martín no le han faltado momentos felices, como la fiesta de su proclamación como *magister* el 7 de enero: el anillo y el birrete rojo, la alegría de sus amigos, que lo aprecian por su habilidad dialéctica, el orgullo de su padre, que ahora lo trata de «vos»... No es poca cosa para un joven acostumbrado a la austera vida de la Casa del Estudiante de San Jorge, también llamada «la cueva», en Erfurt, adonde Martín había llegado en 1501 procedente de Mansfeld. Aquí vivía su familia después de dejar Eisleben, donde Lutero nació el 10 de noviembre de 1483.

En Erfurt, ciudad de veinte mil habitantes rodeada de bosques, con sus torres y campanarios, la gente vive del comercio. Quinientos estudiantes frecuentan esta universidad, que tiene el orgullo de albergar una famosa facultad de jurisprudencia. Martín se ha inscrito en ella, si bien esos estudios jamás le gustarán. Hay muchas iglesias y conventos, de dominicos, franciscanos y agustinos. La religión está omnipresente: procesiones para obtener curaciones, muertes *santas*, favores del cielo... Además de las reliquias y las indulgencias, tan requeridas por el pueblo. Aunque en muchos casos la vida del clero no es precisamente virtuosa, como ocurre en otras partes de Europa.

Aquel 2 de julio de 1505 Martín está volviendo a la ciudad, le faltan apenas unos kilómetros. Hace mucho calor, sobre todo porque va a pie. Ha ido a visitar a unos pa-